La llave que no estaba perdida

Por Shyvirelle

La tercera vez que apareció la llave, Elvira decidió no devolverla.

Las dos primeras la había encontrado en la caja de objetos perdidos de la biblioteca: una llave larga, de cabeza redonda y dientes pequeños, atada a un hilo azul. El lunes llegó envuelta en un recibo. El miércoles, dentro de un sobre vacío. Las dos veces Damián, responsable del depósito, la reconoció de inmediato.

—Es de la puerta de abajo —había dicho—. Alguien la deja donde no toca.

Elvira se la entregó sin pedirle que firmara. El depósito guardaba libros que casi nadie consultaba y Damián llevaba veinte años ocupándose de él.

El viernes, sin embargo, la llave había vuelto a la caja. Esta vez tenía un papel que decía: *Encontrada junto al carro de reservas*.

Y faltaba un libro.

El ejemplar era un cuaderno antiguo de dibujos del puerto, encuadernado en tela verde, que una estudiante llamada Inés había pedido para su investigación. No era especialmente valioso por sus imágenes; lo importante estaba escrito a lápiz en la primera página. Inés había visto, meses atrás, una referencia a esas notas en un inventario manuscrito.

Cuando llegó a recogerlo, Elvira solo pudo mostrarle el asiento del catálogo: «Sala patrimonial. Consultable bajo supervisión. Procedencia: donación privada». La ficha seguía activa, pero el lugar del cuaderno en el estante estaba vacío. No figuraba préstamo ni traslado.

—¿Podemos buscar sin suponer de entrada que alguien se lo llevó? —preguntó Inés.

Elvira agradeció aquella precaución. En los edificios públicos, una desaparición se convertía enseguida en rumor. Prefería empezar por lo comprobable.

Revisaron el registro de consultas. El último movimiento era el de Damián, dos días antes, marcado como «revisión de conservación». Elvira llamó al depósito. Damián respondió desde el pasillo, con un montón de cajas entre los brazos.

—Lo devolví al estante —aseguró—. Tal vez esté entre los libros de mayor formato.

Pasaron la mañana revisando los armarios cercanos, las mesas de consulta y los carros de clasificación. Elvira encontró dos libros mal colocados, tres lápices y una ficha de un catálogo de los años setenta. El cuaderno verde no apareció.

Inés observaba con atención el movimiento de las llaves. Elvira puso la llave del depósito actual junto a la de objetos perdidos. Las dos tenían la misma cabeza redonda. Sobre la mesa, juntas, parecían gemelas.

—¿Son copias? —preguntó.

—Damián decía que la del hilo azul abría la puerta de abajo. Esta es la del depósito actual. La del hilo no la he probado.

—No tienen los mismos dientes.

Al acercarlas a la ventana descubrieron otra diferencia. La del hilo azul presentaba, junto al aro, una media luna de metal pulido. No era el desgaste que deja una cerradura moderna: estaba demasiado lejos de la parte dentada.

—Quizá rozaba con algo fuera de la cerradura —dijo Inés.

Elvira la guardó en una bolsa rotulada y anotó la observación. No quería hacer pruebas a ciegas en las puertas del edificio.

La estudiante había venido con una copia del viejo inventario. Señaló una línea que Elvira no había leído: «Cuaderno del puerto. En exhibición temporal, vitrina de planos. Préstamo del Ateneo de los Barqueros». No decía «donación». Tampoco decía que el libro perteneciera al bibliotecario cuyo apellido aparecía ahora como donante.

—¿Sigue existiendo esa vitrina? —preguntó Inés.

Elvira recordó la sala que se cerró después de una filtración. Desde entonces se utilizaba para guardar atriles y soportes de exposiciones. Al final había una vitrina de madera oscura, cubierta por una cortina para proteger de la luz lo que alguna vez se exhibiera allí.

Entraron acompañadas de Damián, a quien Elvira había pedido abrir la sala. La vitrina estaba limpia alrededor del pestillo. No parecía una zona abandonada: el polvo dibujaba marcas de dedos recientes sobre el borde inferior. Inés se agachó y señaló la placa de latón.

—Mire ese remache. Está doblado hacia la ranura. Si alguien girara una llave con la cabeza redonda, rozaría aquí.

La media luna de metal pulido coincidía en altura y curvatura con el borde saliente. Elvira sostuvo la bolsa transparente junto al remache, sin forzar la cerradura. Damián apoyó las cajas en el suelo.

—Esa vitrina debería estar vacía —dijo.

—Entonces no tendrá inconveniente en comprobarlo con nosotros —respondió Elvira.

Abrieron la bolsa y registraron la comprobación en una hoja firmada por los tres. La llave entró sin esfuerzo; un giro bastó para soltar el cierre. Detrás de la cortina había un atril y, acostado sobre él, el cuaderno de tela verde.

Nadie celebró el hallazgo. Inés miró a Damián, que parecía mucho más cansado de lo que había estado al comenzar la mañana.

—No quería que saliera de la biblioteca —dijo él.

—No había solicitado un préstamo externo —contestó Inés.

—No me refiero a eso. El cuaderno contiene una nota de propiedad. Hace años se registró como donación de alguien que nunca fue dueño. Lo descubrí al revisar la encuadernación. Si lo dejaba en la mesa de consulta, alguien podía ver la contradicción antes de que supiéramos explicarla.

Elvira recorrió con los dedos la tela sin abrir el volumen.

—¿Y la llave?

—La guardaba en objetos perdidos. Nadie pide firmar por una llave encontrada. La sacaba para revisar el cuaderno y la devolvía. Cuando usted me la entregó el lunes, pensé que habíamos terminado con el asunto. Luego necesité entrar otra vez. Después, otra.

—No estaba perdida —murmuró Inés.

—Estaba escondida a la vista —precisó Elvira.

Elvira no discutió allí el temor de Damián. Lo importante era dejar constancia antes de seguir moviendo nada. Fotografió la posición del cuaderno dentro de la vitrina, anotó quién había abierto el cierre y trasladó el ejemplar, delante de los otros dos, a la sala de consulta supervisada.

En la primera página apareció una firma pequeña, acompañada de la frase «Propiedad del Ateneo de los Barqueros; cedido para exposición». En la hoja de ingreso de la biblioteca, conservada en el mismo inventario, la palabra utilizada era *depósito*. Una anotación posterior había confundido el nombre de quien entregó el cuaderno con el de su propietario.

—No tenemos que decidir hoy a quién pertenece legalmente —dijo Elvira—. Sí podemos dejar de afirmar en el catálogo algo que estos documentos contradicen.

Inés copió la referencia exacta de la hoja, no la interpretación. Damián redactó una nota sobre el traslado no registrado y explicó por qué había guardado la llave en objetos perdidos. Elvira añadió al catálogo una corrección visible: «Procedencia anteriormente consignada como donación privada; registro histórico de depósito a nombre del Ateneo de los Barqueros. Titularidad pendiente de verificación documental». Adjuntó la fecha y la referencia al inventario.

Al día siguiente el cuaderno volvió a poder consultarse con las precauciones de siempre. Inés fue la primera persona en solicitarlo. Descubrió que los dibujos no mostraban un puerto idealizado: en los márgenes se habían añadido pequeñas correcciones de profundidad, fechas y nombres de embarcaciones. Eran precisamente esas notas las que buscaba.

Damián llegó con una caja nueva para guardar la vitrina vacía. Antes de marcharse colocó su llave habitual en el tablero de control del depósito y anotó la devolución en el registro.

Elvira puso la llave antigua en un sobre identificado: «Vitrina de planos. Custodia patrimonial». No volvería a confundirse con la del depósito.

La caja de objetos perdidos siguió junto al mostrador. El lunes apareció en ella un guante de lana. Elvira registró la fecha, lo dejó a la vista y no pensó, ni por un momento, que necesitara esconder otra cosa.